

J. P. MAYER

ciencia de moda en Mayfair *—y, finalmente, como filósofo requerirían gruesos volúmenes y más tranquilidad de la que es posible ahora **. Aunque este libro se haya escrito durante la guerra, está concebido *sine ira et studio*. La estructura de la política alemana, tal como queda demostrada a través de Max Weber, seguirá siendo durante mucho tiempo un tema digno de meditación.

INTRODUCCIÓN

CAPITULO PRIMERO

HACIA UNA TEMPRANA SUPERIORIDAD
INTELLECTUAL

Peter Mayer: Max Weber y la política alemana,
Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.

* Barrio donde reside la aristocracia londinense; por tanto, buena parte de la inglesa e imperial británica. (N. del T.)

** Recuérdese que ya ha explicado antes el autor cómo concibió el germen de su obra bajo los terribles bombardeos alemanes contra Londres de los años cuarenta. En todo caso, el libro se publicó incluso durante la guerra misma. (N. del T.)

La primera misiva con que Frau Marianne Weber abre su colección de cartas de la juventud de Max Weber comienza así: «He examinado los libros del tío Julián Schmidt (el interesado era el autor liberal de una muy leída *Historia de la Literatura alemana* y amigo de Gustav Freytag). He hojeado *El Cid*, de Herder; ahora estoy ocupado leyendo *El Príncipe* (1), de Maquiavelo.» Tenía a la sazón nuestro hombre trece años. La lectura constituía la única distracción del muchacho en sus ratos de ocio. Cuando tenía nueve años cuenta su madre «cuán profundamente se había sumergido en la Historia y la Genealogía» (2). A la edad de once años confiesa a su madre su pasión por la lectura: «No flirteo con chicas, no escribo poemas, ¿qué voy a hacer sino leer?; y lo hago a conciencia» (3).

La variedad de sus lecturas es sorprendentemente amplia. A los dieciséis años comenzó también a hacerse unos extractos de los libros leídos. En la escuela—iba al Gimnasio de Berlín—lee a Homero, Herodoto, Virgilio,

(1) *Jugendbriefe*, pág. 3.

(2) *Lebensbild*, pág. 43.

(3) *Ibidem*, pág. 48.

Livio y Cicerón en las respectivas lenguas originales. Su joven y ágil mentalidad no acepta fácilmente un texto antiguo como autoridad indiscutible. Sobre Cicerón escribe a su primo Fritz Baumgarten: «Su política incierta y vacilante no me ha impresionado en absoluto.» Cuando Baumgarten parece sorprenderse por este comentario tan personal y por otros similares, y sugiere que el joven crítico debe haber tomado su impropia sabiduría de los libros, Max Weber insiste en que sólo ha hojeado la *Historia de Roma*, de Mommsen. A los catorce años comienza a aprender inglés, y se lamenta de que todavía no puede leer las obras de Shakespeare, de las que hay un ejemplar en la biblioteca de sus padres. Es una gran ventaja tener unos padres que poseen una buena biblioteca. No carecía de libros útiles para un muchacho estudioso la biblioteca del doctor Max Weber, padre, consejero de la ciudad de Berlín, miembro nacional-liberal del Reichstag alemán y diputado de la Dieta prusiana. Max Weber padre procedía de una familia de comerciantes de lino. Westfalianos, de Bielefeld, donde en años venideros su hijo llegaría a estudiar la interrelación del capitalismo y la religión. Su madre, Helene Weber, procedía del sudoeste de Alemania. En su familia prevalecía la sangre hugonote; quizá tenga allí sus raíces el austero protestantismo de su hijo. Helene Weber era profundamente religiosa, aunque en un sentido no ortodoxo. Nunca se dejó influir por la rigidez de la Iglesia del Estado de Prusia. Conoció a Max Weber padre en Heidelberg. Helene Weber se dedicó en Berlín, aparte de a educar a sus hijos (Max, el mayor de ellos, nació en Berlín el 21 de abril de 1864), a la tarea de asistencia social, en la que su energía moral y religiosa encontró una expansión natural. Su vida matrimonial no

estuvo centrada en el placer sensual. Cuando Helene tenía veinticuatro años escribió a su amiga: «Me alegro de que pienses, como yo, en lo fascinante que resulta envejecer.»

Su hijo mayor estaba unido más profundamente a ella que a su padre. Su desinteresado ejemplo moral le guió durante toda la vida. Cuando Helene Weber celebraba su setenta cumpleaños, su hijo le escribió una larga y conmovedora carta desde Suiza (4), en la cual expresaba la gran deuda contraída con su madre. Refiriéndose a su propia vida matrimonial con Marianne, dice: «Lo que ha estado madurando entre Marianne y yo durante veinticuatro años, nunca hubiera brotado si no hubiera entendido tu vida..., difícil por fuera, bella por dentro; puesto que fácilmente podía haber llegado a convertirme en un ser humano diferente.» Max Weber tenía cincuenta años cuando escribió esta carta, y quizá estemos justificados al leer entre líneas lo difícil que le resultaba, apasionado como era, el no perderse a sí mismo en formas externas y en sensualidad. Las relaciones con su padre fueron bastante frías y despegadas. Odiaba ver a su madre tratada como la principal sirvienta de una casa siempre llena, y únicamente después de la muerte de su padre descubrió su verdadera talla. Leemos en la misma carta: «Todos nosotros le hacemos justicia ahora, cuando las tensiones y dificultades están olvidadas. Nos alegramos de lo que fue, entendemos su poco común, firme y puro sentido burgués; sabemos que las rupturas de su vida fueron la tragedia de toda una generación, que lo mismo en política como en otros ideales nunca llegó a encontrarse a sus anchas, que jamás vio cum-

(4) *Ibidem*, págs. 520 y sigs.

familia de
buena posición

plidas sus esperanzas ni continuadas sus aspiraciones por la generación que le seguía. La suya había perdido aquel viejo sentido de aceptación de la autoridad, y, sin embargo, pensaba según directrices autoritarias en cosas en las que nosotros habíamos perdido toda confianza» (5).

La despierta mente de Max Weber observó en casa de su padre el declinar del partido nacional-liberal, entre cuyos dirigentes se encontraba su progenitor, aun sin haber llegado a ser nunca un buen orador ni un escritor político brillante, sino, únicamente, uno de esos sólidos e infatigables trabajadores al servicio de un partido sin los cuales las organizaciones políticas modernas no pueden existir. Benningsen, Miquel, Rickert, Julián Schmidt, Sybel (autor del mejor estudio alemán sobre la Revolución francesa), Tritzschke, Mommsen, el jurista Julius Goldsmith, el filósofo Wilhelm Dilthey, todos fueron huéspedes habituales y amigos de la familia de Max Weber. ¡Qué enorme oportunidad para la formación de una mente joven! Nada puede acortar más el camino hacia la auténtica erudición que la oportunidad de escuchar la conversación fácil y «en confianza» de unos grandes maestros. La sin par erudición de Max Weber—que nos recuerda los universales conocimientos de Leibniz—se vio favorecida por su asistencia a este círculo.

El partido nacional-liberal, al que como hemos dicho antes estaba afiliado el padre de nuestro personaje, era la formación parlamentaria que apoyó a Bismarck hasta 1878. Pero una vez que las implicaciones legales del Reichsgründung de 1871 estuvieron completas, Bismarck

(5) *Ibidem*, págs. 522 y sigs.

destruyó al partido, puesto que no podía aceptar la responsabilidad ministerial siendo como era un intolerante realista antiparlamentario. En un período de siete años, la representación parlamentaria del partido nacional-liberal declinó, de 152 escaños en 1874 a 98 en 1878, y finalmente a 45 en 1881. El nacional-liberalismo había servido a Bismarck, apoyándole en su lucha contra el catolicismo político (representado por el partido del centro); pero el viejo político hizo pronto las paces con su antiguo enemigo, en tanto que, gracias a las tarifas protectoras y a la persecución del partido social-demócrata, se ganaba el apoyo de los conservadores. Y es que el Canciller de Hierro cambiaba de amistad política con igual facilidad que de camisa. En 1881, la Unión Liberal (*Liberale Vereinigung*) se separó de los nacional-liberales, bajo la dirección de Riquet, porque éstos se negaban a ayudar en el asunto de la política de tarifas protectoras debida a Bismarck. Por consiguiente, el liberalismo alemán se escindió por segunda vez, como anteriormente ocurriera al producirse la fundación del partido progresista (*Fortschritts Partei*), que desde 1866 se había negado a aceptar que las leyes de indemnización abarcasen el reinado inconstitucional de Bismarck a partir de 1862. Había pasado la época no sólo del nacional-liberalismo germano, sino también la del liberalismo. Este no resurgió de nuevo, aunque después de la derrota de 1818 parecía haber cobrado nuevas energías. Pero ya volveremos más adelante sobre el indicado último capítulo del liberalismo alemán.

Es indudable que Bismarck y la política seguida por el canciller debieron constituir un frecuentísimo tema de conversación en casa del padre de Weber (cuyo domicilio era, por cierto, Leibnizstrasse, 19). Tales discu-

siones dejaron una señal permanente en la mente política de Max Weber. Es importante insistir sobre ello, enumerándolas: CONCEPTOS POLÍTICOS

1.º Tuvo completa oportunidad de estudiar el significado e importancia de la *realpolitik* alemana. La política se había convertido en una técnica pura y simple destinada a alcanzar el poder. Nadie consulta al poder con qué fin, o de qué manera, se relaciona el dominio del Estado con valores quizá incorporados en el individuo o en la sociedad; todo eso es sentimiento o «ideología». «Nuestros intereses en el extranjero—escribe Max Weber en un artículo publicado por la revista *Die Hilfe* en 1916, el órgano periodístico perteneciente a su amigo Friedrich Naumann—están esencialmente condicionados simplemente por nuestra situación geográfica. Somos un Estado-Potencia (*Wir Sind ein Machtstaat*). Para cada Estado-Potencia, la proximidad de otro congénere supone una restricción en la libertad de sus propias decisiones políticas, ya que debe mostrar consideración respecto al citado colega. Conviene a cada Estado-Potencia hallarse rodeado de Estados débiles, o al menos de la menor cantidad posible de Estados-Potencia. El destino ha querido (*gefügt*) que Alemania limite solamente con tres grandes potencias terrestres, las tres principales después de nosotros, y una de ellas, además, la primera potencia marítima del mundo. Por consiguiente, Alemania está bien encarrilada. Ningún otro país sobre la tierra tiene que enfrentarse con tal situación» (6). El artículo del que se ha tomado este pasaje lleva por título Alemania y las grandes potencias mundiales europeas. Supone una nueva interpretación de la *realpolitik* de

(6) *Politische Schriften*, pág. 74.

Bismarck, de acuerdo con las modificadas circunstancias existentes en 1916. La idea del *Machtstaat* es el *leitmotiv* de la sociología política de Max Weber, y aunque nada más sea por no haberla cambiado durante toda su vida, tenemos pleno derecho para presentarla en este momento de nuestra obra. Nos encontraremos con ella una y otra vez en el transcurso de las páginas que siguen. El ejemplo de Bismarck hizo comprender a Max Weber la lección contenida en *El Príncipe*, de Maquiavelo.

2.º La segunda lección que Max Weber pudo haber aprendido durante los años de su juventud, y mediante el ejemplo de Bismarck, quizá pueda expresarse con su propio término de «Carisma». Es un don de la gracia (*Gnadengabe*) para un pueblo o nación tener un gran (carismático) dirigente político. No hay duda de que Bismarck fue un gran estadista; si lo fue o no para el bien supremo de Alemania ya es otra cuestión muy distinta, y, en todo caso, no de tipo histórico. Por otro lado, Max Weber se dio cuenta claramente de que Bismarck, al destruir el liberalismo alemán, había dejado a la nación germana con un vacío político. Creó los instrumentos, no pudo tener sucesores, y dejó en suma una nación carente de educación política. El hecho de que Weber conociera en casa de su padre a algunos de los mejores cerebros políticos del país le mostró justamente la debilidad política de quienes se oponían a Bismarck.

3.º La tercera lección que aprendió Max Weber fue igualmente importante, y casi podríamos calificarla de trágica, considerando la influencia ejercida por Weber el año 1918, cuando se estaba procediendo a redactar la llamada Constitución de Weimar. Fue Bismarck quien, después de 1866, usó por vez primera del sufragio universal en Alemania como un mecanismo para integrar

Política
Técnica
de
Poder

CARISMA
(BISMARCK)

a las masas del Machtstaat germano. A su vez, y en esta cuestión, el Canciller de Hierro le debía la idea a Napoleón III (7). Volveremos más tarde sobre este punto.

Max Weber no trabajó mucho en la escuela. El ambiente escolar sólo le atraía temporalmente. Encuentra bastantes ratos de ocio, durante las lecciones, para leer bajo la mesa las obras completas de Goethe en su edición de 40 volúmenes. En casa lee las obras de Treitschke, la *Historia de Grecia*, de Curtius, y *Kulturpflanzen und Haustiere*, de Victor Hehn, un estudio cultural histórico-lingüístico de lo más fascinante, que muestra cómo las plantas y los animales domésticos llegaron de Asia a Grecia, a Italia y a otros países europeos. La visión universal de su mente, que en años siguientes iba a mostrarse en su *Sociología de la Religión*, la *Historia general económica* o su *Economía y Sociedad*, empiezan a tomar forma. A los diecisiete años escribió un ensayo: Reflexiones sobre el carácter y evolución de los pueblos entre las naciones indogermanas. En este intento prematuro de sociología de la cultura le vemos acometiendo la formidable tarea de formular leyes de historia política, cubriendo desde los principios de la historia hasta el presente. También se dedicó en aquellos años jóvenes a entender a Spinoza y Schopenhauer; en su último año de escuela estudió a Kant.

No es de extrañar que sus profesores, al abandonar la escuela, testimoniaran de sus notables conocimientos, aunque hubieran de admitir que no habían sido adquiridos por «Schulfleiss» (aprovechamiento en la escuela). Además—esto es característico de los profesores alema-

(7) Véase mi obra *Political Thought in France; from Sieyès to Sorel*. Londres, 1943.

nes—expresaron sus dudas en cuanto a la madurez moral de un joven cuya mente había salido, a través de los estrechos muros de la escuela, hasta el mundo exterior.

Al igual que su padre, decide estudiar Jurisprudencia como especialidad. En cuanto a temas secundarios escoge Economía, Historia y Filosofía. Max Weber comienza su carrera universitaria en Heidelberg. Asiste a las conferencias de Knies sobre Economía, y las encuentra «sosas». Con Kuno Fischer, el profesor de Heidelberg conocido en todo el mundo, estudia Filosofía; el profesor Immanuel Bekker le introduce en los secretos de las instituciones romanas y de la historia del Derecho romano. «Bekker—escribe a su madre—no es tan aburrido como el profesor Knies» (8). El historiador «Erdmannsdoeffler» le proporciona una instrucción completa sobre la documentación histórica. Verdaderamente, Max Weber no muestra mucho respeto por la dignidad académica.

Su tío, el profesor Adolf Hausrath, historiador de la Iglesia, estaba casado con una hermana de su madre. De este modo, Weber no se encuentra desprovisto de contactos familiares en la ciudad de Heidelberg. Pero él prefiere pasar sus ratos de ocio con compañeros estudiantes, con quienes juega a las cartas y toma algunos —o bastantes—tragos. Superadas sus dudas, Max Weber entra en la «Alemannen», una de las muchas asociaciones de estudiantes, de las que él, vástago de una típica familia burguesa alemana, difícilmente podía mantenerse alejado. Estas asociaciones estudiantiles (*Studentenverbindungen*) representaban en la Alemania anterior a 1914 un mecanismo esencial de selección social e inte-

ASOCIACIONES
DE
ESTUDIANTES

(8) *Jugendbriefe*, pág. 41.

gración de dirigentes y subdirigentes de las clases profesionales (catedráticos de Universidad, jueces, abogados, doctores, industriales, altos funcionarios del Estado o de firmas particulares, todos salían de ellas). No cabe exagerar la importancia de las mismas. Tenían un estricto—aunque vacío y puramente ritual—código de comportamiento, que, desde Heine hasta Heinrich Hann, ha sido tema constante de justificado ataque, de crítica por parte de las mentes más progresivas de Alemania*.

Las buenas maneras externas, o mejor aún, la disciplina, una enorme capacidad para beber cerveza bajo reglas complicadas y estrictas, y, por último—aun cuando no figurara ello entre las cosas menos importantes—, el duelo a florete, constituían el principal programa educativo de las asociaciones estudiantiles. Pero su importancia social era muy grande. Los padres de los alumnos, que en su tiempo fueron también miembros de las referidas asociaciones, ayudaban a los hijos de sus amigos a encontrar puestos y ocupaciones socialmente adecuados, y de esta manera se establecía una cadena de colaboraciones y apoyos mutuos. Junto con el cuerpo de oficiales del Ejército germano, ningún otro mecanismo social de Alemania explica más claramente la rígida estructura de la clase dirigente del país. Cuando Max Weber volvió a casa tras su segundo trimestre universitario, su madre apenas pudo reconocer en aquel borracho des-

* Estas asociaciones estudiantiles siguen teniendo gran importancia en el país, y se sigue practicando—aunque en mucha menor escala—la costumbre del duelo. De todas maneras, ya no es hoy, como lo era antaño, un pasaporte para el éxito social la cicatriz o cicatrices en el rostro debidas a tan singular costumbre. (Nota del traductor.)

castado a su hijo. Impulsivamente, le abofeteó. Es una suerte tener semejante madre.

En compañía de su primo—que era mayor en edad—, el teólogo Otto Baugarden, lee el *Mikrokosmos*, de Lotze, y se sumerge profundamente en los estudios teológicos, devorando las obras de D. F. Strauss, Schleiermacher, así como el trabajo de Pfeleiderer sobre *El Paulinismo*. Lotze es para Weber una especie de masa confusa de escombros inconexos comparado con la total claridad de la *Historia del Materialismo*, de que es autor F. A. Lange.

Al principio de su cuarto trimestre académico encontramos a Weber en Estrasburgo. Allí hace su servicio militar mientras continúa los estudios emprendidos*. Era un privilegio de quienes habían pasado ya su examen voluntario del primer año el servir tan sólo doce meses en el Ejército alemán. En Estrasburgo, Weber estuvo también sometido a la influencia del historiador profesor Hermann Baumgarten, casado con otra de las hermanas de su madre.

La influencia de la familia Baumgarten fue decisiva en la vida de Max Weber. A través de Frau Ida Baumgarten, y de su hija Emily, comenzó quizá a entender por completo el carácter de su propia madre. Max Weber experimentó por Emily una profunda simpatía, cariño. Aquella joven frágil, profunda y nunca demasiado vigorosa apaciguó sus volcánicas pasiones. Las mujeres frágiles parecen ejercer particular influencia en los hom-

* No olvide el lector las consecuencias de la guerra franco-prusiana de 1870. Alsacia, y buena parte de la Lorena, eran a la sazón territorio germánico (territorios imperiales según la técnica jurídica del momento) y continuaron siéndolo hasta el tratado de Versalles. (N. del T.)

bres sensitivos que luchan para disciplinar sus energías físicas. Cuando, diez años más tarde, Max Weber se comprometió oficialmente con Marianne, escribía a Emily, la amiga de su juventud: «Como sabes, siempre he comparado a cuantas mujeres y jóvenes conocí con la esencia de tu ser, y fue un afortunado azar para mi ruda naturaleza que yo mismo me sintiera moralmente forzado a ver al otro sexo a través de ti» (9). No se confesaron nunca mutuamente su amor:

Sieh dir die Liebenden an:
Wenn erst das Bekennen begann
Wie bald sie luegen (10).

Verdaderamente, Max Weber y Emily Baumgarten colmaron la medida de la norma de Rilke, que tan difícil resulta cumplir. Gracias al tranquilo ardor de esta relación, se fue perfeccionando la personalidad moral de Max Weber.

A través de Ida Baumgarten se familiarizó con los escritos del teólogo Channing, de la Iglesia unitaria de Nueva Inglaterra, famoso predicador en el este de los Estados Unidos durante las primeras décadas del pasado siglo. Los escritos del citado teólogo le conmovieron profundamente. «Que yo recuerde—escribe Weber a su madre, en julio de 1884—, los problemas religiosos me han interesado siempre; pero hoy me interesan de manera que excede a lo puramente objetivo» (11). Esta frase resulta suficientemente reveladora, sobre todo si se piensa que Max Weber no era persona muy comunicativa.

(9) *Ibidem*, págs. 386 y sigs.

(10) RILKE: *Die Aufzeichnungen des Malte Laurids Brigge*, volumen II, pág. 170.

(11) *Jugendbriefe*, pág. 121.

acerca de su ánimo interior. Channing debió haber tocado una fibra de gran afinidad en el alma de Max Weber.

Sin embargo, un punto en particular de la filosofía religiosa de Channing produce en Weber violenta contradicción. Nos referimos a la doctrina mantenida por el predicador americano en torno a las relaciones entre Iglesia y Estado. Channing enseña que el fin principal de todas las instituciones humanas es el desarrollo y protección del ser humano, a quien se hizo semejante a Dios. El espíritu humano es más amplio y más sagrado que el Estado, y nunca deberá permitirse que sea sacrificado a él. La libertad política y civil sirve a la libertad espiritual. No se produce, según Channing, ninguna tensión entre la ética individual cristiana y la ética del Estado. La vida de las comunidades está determinada por la misma ley moral que la de los individuos. El Estado-Potencia no tiene, *per se*, derecho a existir. Las objeciones de Weber son importantes. De nuevo escribe a su madre, en diciembre de 1885: «Tales teorías no son inofensivas, puesto que fácilmente crean una diferencia, una brecha entre los postulados ostensibles del cristianismo, y aquellas consecuencias y presupuestos que el orden civil de los estados pide y ha pedido siempre. Toda la miseria de la Edad Media se funda en esa separación entre un pretendido orden humano y el divino» (12). Max Weber se niega aquí categóricamente a aplicar las leyes cristianas a la esfera del Estado. No es que él fuera irreligioso; al contrario, una profunda religiosidad personal constituía el secreto mejor guardado de su existencia. Cuando apenas tenía quince años

(12) *Ibidem*; pág. 192.

escribió a Fritz Baumgarten, quien le había preguntado sus impresiones respecto a las lecciones de la confirmación *: «Verdaderamente, creo que un ser humano capaz de afirmar sencillamente que carece de toda creencia, de toda esperanza en otra vida, ha de ser alguien muy desgraciado. Porque comenzar la peregrinación de esta vida con la creencia de que cada paso nos lleva solamente más cerca de una completa disolución, una disolución que termina con nuestra existencia para siempre, ha de ser un sentimiento terrible, y ha de eliminar toda esperanza de nuestra propia vida» (13). Esta confesión no contradice los argumentos esgrimidos por Weber contra Channing. Como persona, uno puede ser un santo en la esfera del conflicto del Estado; verdaderamente, la tragedia prevalece. Aquí no puede uno escapar a toda culpabilidad. No es un solo Dios quien dirige nuestro mundo moderno, sino muchos. Ningún sentimiento cristiano (Gestinnung) crea el destino en cuanto al Estado y a la sociedad. Solamente la responsabilidad personal decide hasta qué punto son culpables los seres humanos. Pero culpables serán, en definitiva. La realpolitik y el protestantismo alemán van de par, como el ejemplo de Bismarck nos ha enseñado. Aunque sólo encuentran estos pensamientos su forma final en la última conferencia

* Como se sabe, en muchas sectas protestantes, y pese a la necesidad ineludible de estar previamente bautizado, no se considera al fiel integrado totalmente en su confesión respectiva, miembro real y «en activo» de su Iglesia, hasta haber recibido la confirmación; ceremonia, por lo demás, de escaso parecido con la católica en muchos aspectos, y que entre los protestantes suele efectuarse durante los primeros años de la adolescencia. (Nota del traductor.)

(13) *Ibidem*, pág. 20.

de Weber a los estudiantes alemanes, titulada *La Política como llamamiento*, ya maduran tales ideas en época tan temprana como el período de su estancia en Alsacia.

No es fácil servir en el Ejército alemán y ser un estudiante al mismo tiempo. Se refiere con ironía a las «perfidias de la hermosa vida militar» (14) y se queja de que su facultad de pensar está disminuyendo constantemente: «Uno se vuelve curiosamente idiota a través de este permanente entrenamiento y servicio, y lo que es peor, uno se da cuenta de ello» (15). Esta y otras quejas similares son un tema repetido en sus cartas; particularmente odia Weber «esa colosal pérdida de tiempo que no mantiene ninguna relación con la enseñanza del individuo o con el provecho del regimiento o del Estado» (16). Intenta leer el *Einleitung in die Geisteswissenschaften*, de Wilhelm Dilthey, pero después de 17 páginas tiene que dejarlo porque no puede recordar lo que ha leído. «Admito, una vez que he alcanzado las profundidades oscuras de la estupidez, que soy completamente incapaz de encontrar, ni siquiera por medio de un microscopio, cualquier signo de cerebro en mi cabeza. Manejo con destreza el rifle y disparo bien...» (17). Sin embargo, encuentra tiempo para visitar regularmente el seminario de historia de su tío Baumgarten y crítica, adiestrado en el método de Ranke, a los historiadores italianos, franceses y españoles del período de la Reforma.

Por mucho que Weber se queje sobre la estupidez del

(14) *Ibidem*, pág. 86.

(15) *Ibidem*, pág. 89.

(16) *Ibidem*, pág. 91.

(17) *Ibidem*, pág. 92.

entrenamiento militar, su mente está madurando claramente poco a poco. Sus cartas del período de Estrasburgo muestran un pensamiento conciso, apto para juzgar a las personas, sus circunstancias y sus situaciones. Un aprendizaje predominantemente legal ha formado su estilo y moldeado su pensamiento. Los grandes abogados combinan el poder de abstracción con la facultad de ver lo esencial de situaciones concretas. La estructura del estilo de Weber es muy similar a la de Maitland, cuya *Historia constitucional de Inglaterra* le absorbió completamente en los años siguientes.

En septiembre de 1884, Weber es un «Unteroffizier» (suboficial), calificación previa para ser un oficial de la reserva. El servicio militar y el «Burschenschaft» han sido caros. Las cartas a su padre están llenas a veces de molestos y desagradables asuntos financieros. Su asignación mensual parece siempre demasiado pequeña, y, *volens volens*, Weber padre tenía que pagar. Quizá fuera más barato tener al «Unteroffizier cand. jur.» Max Weber en casa de su padre, en Berlín. Por consiguiente lo encontramos al comienzo del sexto trimestre en la metrópoli alemana. En Berlín asiste a las conferencias sobre *Derecho privado alemán*, de Beseler; admira y disfruta a fondo con las de Gneist sobre *Ley del Estado alemán* y *Ley administrativa prusiana*. Treitschke es para él un propagandista y un agitador. La influencia de Gneist en Weber es de suprema importancia. Indudablemente, aprendió de él a comprender la importancia ejemplar de las instituciones políticas británicas. Lo que Montesquieu y De Lolme llevaron a cabo en el siglo XVIII, enseñando las lecciones, o, según Sorel, el mito del gobierno constitucional británico, lo hizo Gneist escribiendo y enseñando la historia de la *Ley*

del Estado británico en la Alemania del siglo XIX (18). Cuanto más profundamente penetremos en la sociología política de Weber, mejor comprenderemos hasta qué punto el gran ejemplo del Estado británico penetró en su mente. También asiste a las conferencias de Brunner y Gierke, los dos maestros de la historia legal alemana. En 1886 permaneció otro trimestre en Gotinga, pero volvió en 1887 a Berlín. Entre tanto había terminado sus primeras maniobras militares y era ya un oficial de reserva en el Regimiento 47 de Infantería de Estrasburgo. Prefiere mandar antes que obedecer. Weber es también ahora «Referendar»*, y maneja casos criminales en el Landesgericht II, en Berlín. Se queja nuevamente de que su director tolera, únicamente con gran disgusto, la interferencia legal en los casos en que Weber está encargado; también encuentra fatigosa la «exteriora» de los bien escritos protocolos, por no decir aburrida. La escritura a mano de Weber es apenas legible. Tiene tiempo para estudiar como Mommsen *Derecho del Estado romano*, y por fin encuentra en el profesor Goldschmidt un maestro propicio, bajo cuya dirección prepara su tesis doctoral, dedicada a la *Historia de las sociedades comerciales en la Edad Media (Zur Geschichte der Handelsgesellschaften in Mittelalter)*. Se trata de un estudio en terreno donde la historia legal y la económica se encuentran y coinciden, revelando un completo dominio de la jurisprudencia y gran facilidad para manejar una documentación histórica procedente de

(18) Para una mejor discusión de la influencia de Gneist en la *Ley del Estado alemán*, véase J. REDLICH: *Englische Lokalverwaltung*. Leipzig, 1901, págs. 745 y sigs.

* Licenciado en Leyes, según la clásica expresión germana. (Nota del traductor.)

muchas fuentes. Cuando Max Weber tuvo que defender su tesis—en latín—ante una distinguida audiencia académica, su antiguo profesor Mommsen le presentó algunas objeciones. Cuando Weber las hubo contestado, dijo Mommsen, aun sin haber quedado convencido del todo: «Cuando me muera, no hay nadie a quien me gustaría más decir lo siguiente: Hijo, la espada es demasiado pesada para mi mano; sigue tú adelante con ella, muy respetado Max Weber» (19). De este modo se inició nuestro personaje como licenciado. Es útil y honroso tener la bendición de un Mommsen al principio de la carrera académica.

Weber no estaba luego seguro de si debía dedicarse por entero a la carrera escogida. Durante otra media década vive en casa de su padre, sufriendo intensamente a causa de su dependencia financiera. El conflicto entre si ha de dedicarse a cosas prácticas o si debe perseguir la finalidad de concluir algo sobresaliente en el terreno de la erudición y de la enseñanza académica (y solamente el término «sobresaliente» le satisfaría) es hondo. Se trata de un conflicto de importancia fundamental para todo el ser de Max Weber. Su tío German Baumgarten, al que informa regularmente acerca de los grandes acontecimientos del mundo, conforme convergen en la metrópoli alemana, le insta a que se prepare para el ejercicio académico. «Temporalmente—responde el joven Weber—, el trabajo puramente científico ha perdido todo su atractivo, porque vivo bajo la impresión de que los intereses prácticos, cuya regulación es tarea elemental de la ley, ofrecen combinaciones que no pueden ser captadas por medio de nuestra ciencia. Así pues, el es-

(19) *Lebensbild*, pág. 121.

tudio de la ley, por puro amor a la ciencia, ha perdido interés» (20). Continúa su trabajo dedicándose a profundizar en la historia agraria de Roma, para alcanzar su *venta legendi* en ley comercial alemana y en ley comercial romana. Publica estos estudios en un volumen—en 1891—bajo el título de *Die römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats und Privatrecht*. Con esta obra contribuye más tarde a la tercera edición, aparecida en 1909, de *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*.

Antes de comenzar sus clases, Weber intenta de nuevo romper las cadenas de la carrera académica. Cursa una solicitud para llegar a ser abogado de la ciudad de Bremen, pero fracasa. «Tengo un deseo extraordinario—escribe de nuevo a su tío Baumgarten—de poseer un cargo práctico, una ocupación. Lo de Bremen quizá me hubiera dejado satisfecho. Admito que exige algún esfuerzo—aunque la idea de convertirme en un erudito es congénita en mí—esperar hasta que el no pagado “Referendar” y asesor se convierta en el igualmente no pagado “Privatdozent” (catedrático). Creo que una posición financiera independiente me habría proporcionado tal vez menos paz externa para el estudio, pero de seguro hubiese tenido entonces mayor paz interior» (21). Max Weber no es el típico ratón de biblioteca. El trabajo teórico tenía para él un significado solamente cuando tendía a convertirse en práctico dentro de su aplicación. El conflicto que hemos visto aquí en su trabajo determinó asimismo su relación con la política. También en ella

(20) *Ibidem*, pág. 173.

(21) *Ibidem*, pág. 174.

se movía constantemente entre el análisis y la acción política.

Mientras está estudiando la historia agraria de Roma; Weber se une a la asociación en pro de la política social (*Verein für Sozialpolitik*), que había sido fundada en 1873 por los economistas alemanes Adolf Wagner, Schmoller, Brentano, Knapp y otros, aunque también algunos abogados como Gneist y varios más apoyaran los fines de la asociación citada. Weber se compromete con esa entidad a vigilar la situación de los trabajadores de la tierra en la Alemania al este del Elba (*Die Lage der Landarbeiter im Ostelbischen Deutschland*) (22). Junto con los colegas de esta asociación, a la cual perteneció durante toda su vida, es ahora capaz de formular las creencias políticas de su generación con mayor claridad. El viejo emperador germano Guillermo I murió en 1888. El tío de Weber, German Baumgarten, con el cual, como hemos visto, estuvo en íntima y continua comunicación, creyó al principio que Bismarck podría volver a su política de los años 1867-1877, basada en la colaboración con los nacional-liberales. De todas formas Weber no aceptó esa posibilidad, y se dio cuenta de que la ruptura dentro del liberalismo alemán era profunda y quizá definitiva (entre los demagogos fanáticos por un lado y los nacional-liberales bismarckianos por otro). Weber tenía razón en su pronóstico. Pero en realidad confía en su propia generación. «Tuve muchas oportunidades para estudiar las ideas y creencias de mi generación, o de aquellos que son unos pocos años más viejos que nosotros. Sin duda hay entre ellos muchas gentes hastiadas que son antisemitas porque no conocen nada

(22) *Ibidem*, pág. 136.

mejor; muchos idealistas que a través de Treitschke se han convertido en místicos o fanáticos nacionalistas; otros que han aceptado la ostensible y elegante fanfarronería tipo caballero, y el llamado "realismo de moda". Aquellos cuyo interés político data de hace poco tiempo son verdaderamente muy numerosos y hacen gran ruido. Pero existen entre ellos otros elementos, y he llegado a la conclusión de que son los únicos conscientes de sí mismos, enérgicos, y en consecuencia decisivos para el futuro, que se han librado del antisemitismo y otras excrecencias semejantes. Su postura se diferencia esencialmente del nacional-liberalismo de los años setenta, y no tengo derecho a negarles su libertad de pensamiento. También ellos son capaces de ver el periodo de 1867 a 1877 desde un punto de vista diferente. Son, en su mayor parte, economistas y políticos sociales (*Sozialpolitiker*); por tanto no resulta sorprendente que para ellos la interferencia del Estado en los problemas sociales sea más esencial que para otros. Es un hecho indiscutible que el liberalismo de los años setenta consideró las tareas sociales del Estado como poco importantes, o al menos no tan importantes como hoy son consideradas, justificadamente por cierto. Aun hoy día los liberales contemplan la legislación social con desconfianza, quizá justificada, pero siempre pasiva, en lugar de aprestarse a cooperar. Estos políticos miran la era nacional-liberal sólo como un periodo de transición hacia una de las grandes tareas del Estado. También desestiman el trabajo legislativo de aquellos años, con respecto a los problemas constitucionales y administrativos, en cuanto que no son puramente técnicos, o política y socialmente interesantes. En ello hay diferencias objetivas, diferencias en valoraciones, pero se llega fácilmente a una comprensión en

muchos aspectos» (23). Ante estas palabras, está muy claro que Weber tiene sus propias reservas respecto al «Verein für Sozialpolitik». Critica la tendencia burocrática de la asociación, pero confiando en que se corregirá por sí sola. Y, con todo, por el momento el régimen cesáreo de Bismarck tenía que manifestar sus efectos.

Finalmente, la asociación acepta el hecho de la industrialización contemporánea de Alemania, pero su ritmo febril tuvo desastrosos efectos en el equilibrio del cuerpo político germano. Aun cuando la asociación no intenta atacar la relación básica de propiedad en la sociedad alemana, sí intercede por una legislación en las fábricas, control de los bancos, del comercio y una mejora general de las clases trabajadoras. Los miembros del «Verein für Sozialpolitik» se vieron atacados, tachándoseles de «socialistas académicos» (*Kathedersozialisten*). Los asociados eran, aparte de gente universitaria, comerciantes, industriales y funcionarios civiles. En suma, una especie de P. E. P. alemana*.

¿Qué le hizo a Weber entrar a formar parte del «Verein für Sozialpolitik»? En primer lugar y ante todo, ciertamente los intereses objetivos de la asociación. Los partidos políticos alemanes estaban en proceso de reorientación y reforma tras la dimisión de Bismarck, su alejamiento de la dirección del Reich. Por otra parte, la cuestión social había pasado a primer término, no sólo a causa del ritmo del proceso de industrialización alemán, sino también porque la ley contra el movimiento

(23) *Jugendbriefe*, págs. 298 y sigs.

* Referencia a los organismos intelectuales consultivos británicos, que sirven para esbozar, y concretar luego, lo que se ha dado en llamar «plataforma electoral» de un partido en ese país. (*N. del T.*)

socialista había sido revocada a la sazón (en 1890). Esta ley, introducida por indicaciones de Bismarck en 1878, destruyó por completo las organizaciones oficiales del partido social-demócrata (332 periódicos suprimidos, 900 personas expulsadas de Alemania y otras 1.500 condenadas a penas de prisión e incluso de trabajos forzados). Pero aún durante la elección de 1890 se eligieron 55 miembros social-demócratas para el Reichstag alemán. Un millón de votantes, en un electorado total de 7.656.000, se decidió ahora por el partido anteriormente proscrito. Los nacional-liberales, el partido del padre de Max Weber, se aseguraron solamente 42 puestos en esas mismas elecciones. La burguesía alemana estaba alarmada; ahora era verdaderamente cuando la «armonía entre las clases sociales», de que hablaba la ley contra el socialismo, de 1878, parecía seriamente en peligro. Por supuesto no era así. Aparte de procurar al partido social-demócrata una completa educación basada en la enemistad contra un estado que había proscrito los elementos más conscientes de sus clases trabajadoras, odio que el partido social-demócrata, en su historia subsiguiente (como tendremos ocasión de ver más adelante), nunca llegó a superar en el Reichstag anterior a 1918, al ser solamente un parlamento ficticio, respaldado por un gobierno sin responsabilidad ministerial alguna, sólo podía ya votar por su propia disolución. De todas formas, y como instrumento para auscultar a la opinión pública germana, el Reichstag en cuestión resultaba útil, ya que no fuera un parlamento importante.

Max Weber no se asustaba fácilmente, pero quizá puede argüirse que su fuerte y apriorística determinación de no poner nunca en tela de juicio al Estado alemán como tal es debida a esta repentina aparición de

los social-demócratas en el horizonte político. En la exposición de sus descubrimientos sobre «Constitución Agraria» (24), en la reunión del «Verein für Sozialpolitik», dice: «Volvámonos hacia el proletario; todavía está lejos el tiempo en que podremos unir nuestras manos con el proletario para la resolución de los problemas sociales. Espero que esto llegue; pero, por ahora, no se puede ni hablar de ello.» Weber había conocido a muchos trabajadores alemanes durante su servicio militar. Le gustaba su honestidad, su decencia, su modestia. Sabía de lo que estaba hablando. En el mismo informe en que examina las condiciones de los trabajadores del país deja bien claro que la idea clave de su vigilancia era «el punto de vista de la razón de Estado. No es para mí una cuestión de trabajadores rurales; no investigo si viven bien o mal o de qué manera podemos ayudarles» (25). Weber se encontraba completamente a sus anchas en el terreno de la *realpolitik* germana. «El interés del Estado respecto a los problemas de los trabajadores de la tierra en el Este se refiere tan sólo a su actitud hacia los fundamentos de las organizaciones sociales; ¿puede confiar permanentemente en ellos el Estado para la solución de aquellos problemas políticos con los que deberá enfrentarse en un próximo futuro?» Weber propone el cese absoluto del aflujo de trabajadores agrarios rusos y polacos a las provincias del Este alemán. Solo entonces podrá garantizarse la cultura alemana en el Este y la defensa de la frontera oriental del país (26). Weber mantiene que, cultural y económicamente, la superioridad

(24) WEBER: *Gesammelte Aufsätze zur Social- und Wirtschaftsgeschichte*, págs. 44 y sigs. y 468 y sigs.

(25) *Ibidem*, pág. 455.

(26) *Ibidem*, pág. 456.

alemana ha de continuar. «Con nuestros amigos polacos (¡el término que utiliza es *Volksgenosse!*) podremos tratar. Esperamos elevar el proletariado polaco del interior al nivel de la cultura alemana, pero ello será imposible si, como consecuencia de las continuas invasiones de muchedumbres nómadas del Este, dicho trabajo cultural ha de ir retrocediendo con regularidad, para ser al fin destruido» (27). Aquí, a lo que parece, nos tropezamos con otra de las convicciones políticas *a priori* de Max Weber: un irracional odio y temor al coloso ruso. Es sorprendente que una de las mentes más racionales que la historia del género humano ha llegado a producir jamás no fuera capaz de analizar sus propios prejuicios políticos objetivamente. Encontraremos la rusofobia de Weber una y otra vez a lo largo de nuestro estudio.

La incapacidad de ver sus propios prejuicios superados, como lo prueba su aceptación del Estado-Poder, y su rusofobia, resultan aún más sorprendentes cuando uno considera la obsesión que tenía Weber por la objetividad. Despreció, es decir, odió la interferencia de las evaluaciones propias (véase el extracto antes citado de su carta a Hermann Baumgarten), cuando lo que se pedía era únicamente la pura objetividad científica. Tendremos oportunidad de ver cómo, años más tarde, dedicó mucho tiempo a realzar la importancia de escribir y enseñar «sin evaluaciones propias en las ciencias políticas y económicas» (28). Este postulado, que su propia sociología política apenas llegó a cumplir probablemente, tiene sus raíces en la abrumadora fortaleza de sus propias

(27) *Ibidem*, pág. 457.

(28) Cf. particularmente *Der Sinn der «Wertfreiheit» der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften (1917)*, en «*Gesammelte Schriften zur Wissenschaftslehre*», págs. 451 y sigs.

pasiones. Justamente porque intentó racionalizar sus propios instintos, impulsos, sensaciones y sentimientos, pidió que los otros hicieran lo mismo. El que nuestras leyes no son las leyes de los otros es convicción que expresa a menudo en su *Jugendbriefe*; por tanto, no se nos permite medir a los demás con nuestra propia medida. Aquí se revela una especie de panteísmo ético, alimentado probablemente por su estudio de la filosofía de Spinoza. Pero mientras éste enseñó que las pasiones deben ser dominadas por la razón (29), Weber transforma notablemente el racionalismo clásico del siglo XVII, separando la esfera de la Ética de la esfera de la Razón.

En una carta de doce páginas impresas a Emmy Baumgarten, escrita el 5 de julio de 1887 (30), Weber intenta explicar esta separación. «La idea de Dios y la contemplación de la belleza descansan en leyes que son básicas para la naturaleza humana (esto es lo que tienen en común); pero tales leyes son esencialmente de diferente clase y carácter. Casi tan distintas como la ley estatal de que el asesino deberá ser castigado con la muerte, o la ley física de que todos los cuerpos se atraen unos a otros» (31). En cuanto a la conciencia moral, dice Max Weber en la indicada misiva: «Aquí alcanzamos las fronteras de la razón humana (*Begriffsvermoegen*) y entramos en un mundo totalmente nuevo, en el que otra parte de nuestra mente pronuncia juicios sobre cosas, y todos sabemos que estos juicios, aunque no están basados en la razón, son ciertamente tan claros como

(29) Cf. Spinoza: *Ethica*, parte V, propos. III: «Affectus, cui passio est desinit esse passio, simultaque eius clarum et distinctum formamus ideam.»

(30) *Jugendbriefe*, págs. 251 y sigs.

(31) *Ibidem*, pág. 260.

cualquier conclusión lógica a la que la misma pueda llegar...» Lo que sucede es que Weber se ha basado en la filosofía de Platón; pero, al igual que él, ha fracasado al intentar explicar cómo la idea de Dios, tan distinta de la idea de la Verdad, puede aplicarse a un mundo que tiene al mismo tiempo estructuras racionales y morales. Si nuestras leyes morales son fundamentalmente enigmáticas, enigmáticas desde el punto de vista de la razón, entonces el universo moral resulta anárquico. No un solo Dios, sino varios, determinan el mundo, y es imposible saber quien cree en el Dios verdadero. Si interpretamos las suposiciones filosóficas de Weber correctamente, es evidente que el individualismo moral y la *realpolitik* pueden ser compatibles. De todas formas, ambos fenómenos han sido falsificados. Fundamentalmente, la política y la moral no pueden separarse.

Weber comenzó sus lecciones académicas en la primavera de 1892. Después del segundo trimestre del período lectivo, su maestro, el profesor Goldsmith, quien se hallaba a la sazón seriamente enfermo, encomendó al joven sus propias clases. En 1893 fue nombrado Max Weber «profesor extraordinario». El ministro de Educación prusiano le manifestó su deseo de que aceptara una cátedra en la Universidad de Berlín.

En aquellos años Weber observaba con aprensión la aparición de Guillermo II en el escenario de la política germana. «Si al menos el joven emperador—leemos en una carta a Hermann Baumgarten, escrita en diciembre de 1889—mostrara alguna lógica... Estas manifestaciones que recuerdan tanto a Boulanger y a Bonaparte son verdaderamente poco deseables» (32). En 1892, We-

(32) *Ibidem*, págs. 323 y sigs.

ber hablaba ya con gran franqueza y claridad acerca del káiser. Nuevamente hace partícipes de su ansiedad en el tema a varios amigos: «Pero ¿cómo puede uno intentar hablar de nuestra situación y perspectivas? Ambas dependen de un factor incalculable, la personalidad del káiser. Evidentemente está tratando la política con el criterio de un teniente joven. Nadie puede negar que cumple normalmente con su deber en el sentido del servicio. Pero su tozudez y su desastroso sentido del poder causan tan inaudita desorganización en las altas esferas administrativas, que no pueden evitarse las repercusiones en la gestión de la cosa pública. Así, ha degradado al humanamente muy respetable Caprivi (33), hasta hacer de él una caricatura, y apenas puede plantearse la cuestión de la autoridad en el gobierno del Reich» (34). El juicio político de Max Weber era ya maduro; el ruido y brillo engañosos del nuevo régimen imperial nunca llegaron a cegarle.

En 1892, Max Weber encontró en Marianne Weber (su abuelo era hermano mayor del padre de nuestro héroe) a la amiga y compañera de su vida. Cuando Marianne llegó como huésped a casa del padre de Weber tenía solamente veintiún años. Al lado de Max, la joven se sumerge en la vida del Berlín de 1892. El dice adiós a Emily Baumgarten, el amor de su juventud, y abre su alma a Marianne. «Soy un prometido curiosamente reflexivo—escribe a Emily—, y en algunos aspectos, mayor de los años que realmente tengo» (35). A Marianne le dice: «No debemos tolerar entre nosotros actitudes vagas y místicas. Si los sentimientos son fuertes, debes domes-

(33) Fue canciller del Reich alemán desde 1890 a 1894.

(34) *Jugendbriefe*, págs. 345 y sigs.

(35) *Ibidem*, pág. 367.

ticarlos para poder conducir tu vida por caminos de sobriedad» (36). Frau Weber ha demostrado que comprendió íntimamente a su marido al editar sus obras y cartas, y al escribir su libro *Lebensbild*, al cual este volumen debe mucho.

Al fin estaba Max Weber cierto de su futuro: «Voy por el camino que debo ir y que ahora conoces tú» (37).

(36) *Lebensbild*, pág. 190.

(37) *Ibidem*, pág. 190.